

## EL COLOR DE LA NOSTALGIA (MARÍA LEJÁRRAGA Y BUENOS AIRES)

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

*I.E.S. Escultor Daniel, Logroño*

*Y tenía un lema escrito en latín: «No señalo sino las horas serenas». Nisi serenas. Siempre ha sido también el lema de mi vida.*

(María Martínez Sierra, *Gregorio y yo*, 2000: 51.)

“Prisión, aunque tenga puertas y ventanas”, “movedizo muro que no se puede saltar”, “prisión y muerte”, “muerte lenta”, “muerte agrandada y repetida”, “desgarrón que no acaba de desgarrarse”, “herida que no cicatriza”, escisión “de los suyos”, escisión “de su tierra y su pasado”... son las metáforas utilizadas por Adolfo Sánchez Vázquez para describir el sentimiento de los exiliados en la larga tradición del exilio de los pueblos en lengua española (Sánchez Vázquez, 1997: 45-47).

Francisco Caudet habla, asimismo, de una amputación o segregación violenta, de la fragmentación que experimentan los exiliados en su identidad y del sufrimiento que supone ser “un hombre sin raíces y, por tanto, proclive, a la inadaptación”. La identidad del exiliado ha quedado dislocada y es necesario un ímprobo esfuerzo para asumir esa violenta ruptura con el pasado e integrarse en las sociedades que lo han acogido, aun en el caso de aquellos que emigraron a países donde se hablase su misma lengua. Para conjurar el dolor del desarraigo y la asunción de esa nueva identidad, señala Francisco Caudet, los poetas se vuelven “hacia adentro” en una búsqueda interior que les permita encontrar la verdad perdida y utilizan para ello la función terapéutica de la memoria. Así, la literatura refleja indefectiblemente la traumática experiencia del desarraigo y utiliza el recuerdo para la reconstrucción de la vida, en un intento por conseguir la continuidad entre dos realidades escindidas. Rememorar el pasado, desde este punto de vista, es una forma de autoafirmarse y recuperar la propia estima y, por eso, los autores parecen abocados al cultivo consolador de la “cantinela de la patria perdida”, como forma de recomponer el desorden de la pérdida y del desarraigo (Caudet, 1998: 31-55; 2005: 21-70 y 385-424).

Sin embargo, frente a esta descripción del exiliado, queremos preguntarnos si sería posible, aunque sólo fuera en algún caso excepcional, escapar sin sufrimiento a la pérdida desoladora de las raíces o si, acaso, el deseo profundo de comenzar una nueva vida “en la otra orilla” se podría alcanzar de forma no traumática a base de un ferviente voluntarismo... En fin, ¿es posible escapar al dolor de la nostalgia?

A la altura de 1950 María Lejárraga, una emprendedora viejecita de setenta y cinco años, estaba dispuesta a arrostrar la suerte del exiliado o del emigrante con grandes dosis de voluntad e incluso de optimismo. Tras su salida de España, abandonó Bélgica en abril de 1938 y se estableció en su casa de Niza con su hermana Nati, donde sufrió la segunda guerra mundial y padeció graves penurias económicas hasta el punto de casi llegar a morir de hambre. Después de otras muchas penalidades y la pérdida de la vista por cataratas, cuando por fin pudo operarse, advirtió la dificultad de ganarse la vida en Francia como escritora y, por ello, decidió trasladarse a América para volver a empezar una nueva fase de su vida. Antes de embarcar rumbo a Nueva York, desde la ingenuidad o la valentía del suicida que apenas tiene nada que perder, escribía a su amiga Collice Portnoff: “No llevaré conmigo nada de Europa. Quiero empezar la vida completamente de nuevo. Imitando a Cortés, al desembarcar en el Nuevo Mundo, quemaré mis naves”.

A pesar de tan alentadores propósitos, no logró inmediatamente el éxito deseado. En Estados Unidos, su primera parada, no encontró la oportunidad de hacerse un hueco literario y, después de pasar brevemente por Arizona, llegó a México, donde tampoco se pudo establecer por motivos de salud. Desde allí, en septiembre de 1951, llegó a Buenos Aires, la tierra que la acogió hasta los últimos días de su existencia y que le permitió poder ganarse el pan con el trabajo que mejor sabía hacer: la traducción de obras literarias y la escritura. María Lejárraga, por fin, iba a alcanzar el sueño de comenzar una vida nueva en el Nuevo Mundo: a pesar de su edad, y a pesar de la lucha y la energía necesarias para sobrevivir dignamente en la lejanía de su tierra natal, consiguió resucitar su nombre literario y ocupar un lugar señalado en las letras argentinas. Publicó, entre otros, sus dos libros de memorias: *Una mujer por caminos de España* (1952) y *Gregorio y yo* (en México, 1953) y, aunque no consiguió estrenar ninguna de sus obras teatrales, pudo dar a la imprenta *Viajes de una gota de agua* (1954) y *Fiesta en el Olimpo* (1960), que incluía obras como *Tragedia de la perra vida*, *Es así*, *El amor vuela*, *Televisión sin pantalla*.... Su principal fuente de ingresos, no obstante, fueron las numerosas traducciones de un gran número de autores: Adamov, Anohuil, Sartre, Mauriac, Ben Jonson, Maeterlink, Ionesco, Thornton Wilder o Priestley, aparte de colaborar frecuentemente en la prensa bonaerense e incluso en la radio.

Realmente, una actividad asombrosa y desbordante, reflejo de una vida increíblemente fecunda y apasionada.

Sin embargo, cuando observamos tan febril actividad en una mujer que disfrutaba del último cuarto de siglo de una vida que la hizo casi centenaria, nos preguntamos: ¿consiguió nuestra autora desembarazarse realmente de su pasado?, ¿pudo quemar sin sufrimiento las naves que la llevaron al Nuevo Mundo y alcanzó, caso único entre los exiliados, la felicidad de arraigar en una tierra extraña (“transterrarse”) sin sucumbir al dolor de la pérdida de su identidad y de su vida anterior? ¿Acaso alguna vez se quejó de su suerte de exiliada? Sabemos que María era una mujer terriblemente pudorosa y que siempre evitó mostrar su debilidad en el dolor, por lo que en sus textos predomina el optimismo bienintencionado antes que la queja desengañada. Pero, ¿sería capaz de pasar desde el paraíso perdido de los exiliados hasta la tierra del emigrado con un simple salto sosegado y aséptico?

Para comprender su deseo de sobrevivir y su heroico empeño de marchar inexorablemente hacia delante ignorando todo sufrimiento y dificultad, en este trabajo vamos a espigar en una serie de textos (bastante desconocidos y alguno, posiblemente, inédito) escritos durante los primeros doce años del exilio argentino, en los que, contra su propia costumbre, sucumbió a un momentáneo deseo de desnudar parcialmente su alma.

Al poco de llegar a Buenos Aires María comenzó una fructífera colaboración con la revista *Maribel*, una publicación dirigida al público femenino donde aparecieron algunos de los textos que más tarde se incluirían en *Fiesta en el Olimpo*. Entre ellos (“La última confidencia”, “La abuela vuelve en sí”, “Carmela toma un brandy” o “El fin del carnaval”), el primero donde la autora se desliza desde la ficción hacia una declaración más personal de sus deseos y opiniones es el titulado “Buenos Aires, espejo, espejuelo, espejismo de Europa”<sup>1</sup>, que comienza con una lapidaria y ardiente declaración de amor a la nueva patria adoptiva: “Me gusta Buenos Aires”. Y añade: “Por varias razones físicas unas y otras, ¿tendré el atrevimiento de llamarlas metafísicas?”<sup>2</sup>. A continuación, justifica los motivos de su inclinación por la ciudad ya desde el primer momento de su llegada en avión:

---

<sup>1</sup> Aunque apareció publicado en *Maribel* el 8 de enero de 1957, María intentó incluir este texto junto a los anteriores en *Fiesta en el Olimpo*, pero fue rechazado. No obstante, según consta en la copia mecanografiada que se conserva en el Archivo María Lejárraga, volvió a publicarse en *La Prensa* en junio de 1966.

<sup>2</sup> El texto de 1966, curiosamente, sustituye este párrafo por uno de muy distintas connotaciones: “Casi dieciséis años llevo viviendo en esta gran ciudad ¿osaré decir “sin pena ni gloria”...? Penas no me faltaron como a nadie nacido de mujer... las muy ladinas

La primera sensación grata con que me agasajó la urbe gigante no fue, por cierto, urbana, sino campesina. Descendió el avión sobre el aeródromo. Abriéronse las puertas y, al poner el pie sobre la escalerilla de aterrizaje, diome en el rostro una oleada de aire fragante. ¡Olía a pradera!... Hay que saber que las praderas [...] han sido una de las grandes pasiones de mi vida animal-sentimental. ¡Olía a heno recién cortado, tal vez el más puro de los inciensos de la tierra! Respiré hondamente, con pausa primero, con prisa después, queriendo henchirme el pecho del olor pacífico... (Martínez Sierra, 1957: 6)

Y a esta cualidad se suman otras ventajas también de carácter sensorial, que María pinta en una descripción donde no se sabe si domina el humor o la suave ironía: “Otro hechizo de la ciudad, éste casi tan alterante como una emoción, es que en ella no existen estaciones”, ya que los días de calor ardiente se compensan de improviso con el viento helado de la Patagonia y los días de invierno se caldean intempestivamente con el influjo del “corcel del Norte” que lleva los calores del Trópico. “Y así, siempre que estamos a punto de ahogo o tiritona, vienen, a galope frenético, el «pingo» andino o el caballito marino del Atlántico”, por lo que concluye: “Ello es que, ¡juro al Cielo!, casi cinco años llevo en esta peregrina ciudad, y jamás he podido darme cuenta de en qué estación vivimos. Por lo cual, no tengo que suspirar como en mi alta Castilla: «¡Cuatro meses de infierno y ocho de invierno!»”. Si este clima no fuera totalmente recomendable, dice María que tampoco hay que verlo como un problema, ya que lo que importa es vivir: “vivamos gratamente, ya que se nos otorga el privilegio”.

Efectivamente, después de las dos terribles guerras padecidas con su estela de danzas de la muerte y ante la imposibilidad de ganarse la vida en Francia, “la otra orilla” en el país americano había proporcionado a María el argumento más valioso para seguir: “*Porque vivir es mejor*”. Este parece ser el más adecuado lema para el escudo de Buenos Aires”.

Y ahora ya, en un ejercicio de sinceridad sencillo e ingenuo, María se apresura a describir las bellezas incomparables de su tierra adoptiva: “Sí, vivir es aquí mejor para todos los gustos, ya que la «divina diversidad» cantada por D’Annunzio y ensalzada por Benavente parece haber puesto empeño en satisfacerlos uno por uno...” Y, precisamente, la plaza de San Martín recuerda a la *Rue de la Paix* de Bruselas; el tranvía o trolebús es el mismo que recorre los *boulevares* altos de la capital belga; la Avenida del Obelisco recuerda a París; la Plaza del Congreso bonaerense y la calle Rivadavia recuerdan a Lyón; las grandes Galerías nos llevan a Milán, las tabernas del Bajo a Génova y los puentecillos

---

acostumbran a ser compañeras fieles... De glorias, no puedo, ni aun si pudiese, querría presumir. Lo que se llama tal es un poco de espuma dorada por un fugitivo rayo de sol...”

volantes a Italia; cuando suena un melancólico tango reproduce la angustia del pueblo eslavo... y, por último, además de que la calle Florida a la hora ritual del paseo es ciertamente muy parecida a la calle principal de cualquier capital de provincia española, los soportales de Leandro N. Alem están “diciendo a voces: ¡España!, ¡España!”.

En la carrera del tiempo, la llama en la que ardía la memoria de la vida ha sobrevolado el agua del Atlántico hasta alcanzar a la infatigable anciana: le gusta Buenos Aires porque es como un espejo de Europa o espejuelo de España. Lástima de la intuición que le dicta que también, en realidad, todo ello podría ser confuso espejismo del pasado:

Y por tal milagroso modo, ellos y nosotros vivimos vida mágica, fuera del tiempo y del espacio, en una no ya cuarta ni quinta, sino enésima dimensión del cuerpo y del espíritu, sin saber, como *la paloma que se equivocaba*, si el verano es invierno o el rencor amor, si estamos en Flandes o en el Berlín de Guillermo segundo o en la calle Blanca de Santander, trocados los signos del Zodíaco en el cielo y en el alma, confundiendo los Peces con la Virgen, y el Toro con la Balanza, entendiéndonos sin comprendernos, amándonos sin conseguir ni en el abrazo romper el cristal embrujado que nos separa, silenciosos hasta en los sitios de reunión pública dentro del exterior estrépito del tráfago, la máquina y el jazz, sin gritar nunca porque nadie grita por propio impulso más que en su propia lengua, y en Buenos Aires la propia se olvida poco a poco y no se logra aprender bien la ajena, sin llorar ni reír porque las impresiones no perduran lo bastante para hacer estallar la risa ni cuajar el llanto, pero en suma, felices, optimistas, despreocupados, adeptos fervorosos del «porque vivir es mejor», mecidos, hechizados, embriagados, llevados en volandas sobre las asperezas de la realidad por la divina diversidad, sirena del mundo (Martínez Sierra, 1957: 10)

Pero este primer y sencillo, o quizás alocado, ejercicio de sustitución de una patria por otra, de una tierra por otra, iba a tener un recorrido más largo y sinuoso<sup>3</sup>. Probablemente de la misma fecha son otros dos artículos que la autora también presentó para que se incluyeran en *Fiesta en el Olimpo* pero que fueron rechazados: “Rosas de otoño para el mes de abril” y “Así, pues, todo el año es primavera (Guirnalda incoherente de prosas y rimas para el mes de octubre)”<sup>4</sup>, en

---

<sup>3</sup> Francisco Caudet propone una pregunta retórica para los exiliados cuya respuesta es evidentemente negativa: “¿Podían ser realmente las repúblicas americanas que dieron morada a los republicanos, so pretexto de que había una comunidad racial y cultural con España, un sucedáneo de la tierra perdida?” (Caudet, 1998: 48; 2005: 402.)

<sup>4</sup> Hemos utilizado las copias mecanográficas que existen en el Archivo María Lejárraga y, hasta la fecha, desconocemos si fueron publicados en la prensa bonaerense o si llegaron a

los que insiste en el asombro, casi perplejidad, que le sigue produciendo la inversión de las estaciones en el hemisferio sur respecto a lo que ella viviera en el hemisferio norte.

En “Rosas de otoño para el mes de abril” se presenta a sí misma como “una anciana que no salió de Europa sino hace poco más de cinco años; lo cual quiere decir que aún no ha podido aclimatar el alma al cambio de hemisferio y por ello, siempre que piensa «abril», siente la primavera”. El caso es que a fines de marzo, “hace unos cuantos días”, han florecido en un jardín porteño “unas cuantas rosas de otoño rojas, blancas, color de limón”, unas rosas que se van a dejar deshojar con gran rapidez, deprimidas por la proximidad del invierno y de la muerte<sup>5</sup>. Y este fútil motivo hace reflexionar a nuestra ya octogenaria exiliada: “Así son las rosas y las niñas frívolas: no saben vivir por el solo hechizo de estar viviendo...”

Sin embargo, aunque sea suficiente vivir, María Lejárraga no puede sofocar un remolino de rebeldía que le sale del alma, y poco más abajo, después de otras tantas citas florales y después de proclamar que es necesario cantar las penas para olvidarlas, exclama:

¡No quiero, no quiero, no quiero que el otoño se llame abril! ¡No consiento que, en abril, vayan a florecer austeras dalias y crisantemos fúnebres! Necesito la nieve del espino que huele a almendra amarga, la explosión de oro de las retamas, las flores azules del romero, las fragantes espinas del espliego, el nácar del almendro, la cera viva de los azahares, la magia rosa de la flor del cerezo, la roja de la flor del granado, la majestad imperial de los castaños –damasco verde recamado en pirámides de perlas y rubíes–, más todos los lirios y las rosas, sí todas para abril el de las aguas mil, para mayo que le sigue florido y hermoso, con el orgullo de sus peonías y el candor hierático de sus azucenas. ¡Necesito, exijo mi Pascua Florida!

Y aunque un nombre en el fondo no importe, le vuelve el recuerdo de España y el de Puerto Real con sus orquídeas silvestres, el recuerdo del mes llamado abril cuando allí tomaba el sol y cortaba las flores de la primavera. Igual que aquellas, las orquídeas de Argentina en otoño estallan “a millares” proclamando la vida con una energía sin fin. “Caen a millones, pero siguen naciendo más y más, impávidas, gritando voluntariosas: ¡Aquí estamos! ¡Así hay

---

emitirse por la radio, como otros textos de contenido similar. Ambos están dirigidos a un público femenino, al que alude como “niñas de quince a veinte años” o “amigas”, por lo que pudieron haber visto la luz en la revista *Maribel*, incompleta en la Biblioteca Nacional Argentina.

<sup>5</sup> No es preciso ahondar en la obligada asociación entre la flor que nace en otoño y la vida que se reinicia “en la otra orilla” después de cumplidos más de setenta años, verdadero *leitmotiv* que se desarrolla a lo largo de todas estas alegorías florales.

que soñar hasta cuando no es hora!”. Pero frente a ese empeñamiento de la vida que no cesa, la respuesta de la María exiliada ha comenzado a teñirse de indefectible nostalgia: “¿No merece abril llamarse abril en la Argentina sólo por este glorioso milagro?”.

Como contrapunto al texto anterior, donde el otoño sucede en abril, en “Así, pues, todo el año es primavera (Guirnalda incoherente de prosas y rimas para el mes de octubre)” María describe la sorprendente llegada de la primavera en octubre, con una nueva y contundente afirmación de optimismo voluntarioso:

Sí, amigas, todo el año puede ser primavera. El secreto consiste en ir a buscar [...] Y ahora, precisamente, porque ha llegado octubre, estamos aquí niñas y ancianas, al salir del invierno gris y húmedo, embriagadas con el vino nuevo de la savia que sube, a veces con tal impaciencia, que hace brotar flores sobre el tronco mismo, por muy viejo, negro y torcido que sea.

Es necesario abrirse a este renacer de la vida y, con inagotable determinación, María se empeña en registrar la aparición de todas las flores que simbolizan el brotar de la savia que empuja. Si “en la primavera de España, hay acacias con sus racimos de blancas flores”, “en esta tierra los racimos en flor de las acacias son azules y el árbol que decoran con su gala lleva misterioso nombre: jacarandá”. Y añade con optimismo: “Yo nunca supe soñar en azul, y aquí, en la orilla misma de la tela de mi vida, estoy aprendiendo. Y tal vez al cansado corazón le va mejor el aplacante azul jacarandino que el inquietante rojo de aquellas amapolas...”

Para completar la delirante determinación de agarrarse a ese nuevo nacimiento, María se empeña en enumerar la interminable lista de flores con sus variadísimos colores que en octubre hacen florecer a la primavera argentina: espinos vestidos de novia y retamas de amarillo imperial, violetas y fresas, alhelíes, resedas, primulas, celestillas, lilas, aromos, guisantes de olor, juncos de terciopelo de color carmelita y perfume oriental, cardos y ortigas, nardos silvestres, flor de romero, margaritas con corazón de oro y pétalos blancos, espigas moradas de espliego, claveles silvestres, jacintos, rosas de zarza, salvias y mentas silvestres: toronjil, hierba buena, sándalo y melisa, y por fin, mejorana y madreSelva...

Por obra de su poderosa voluntad, María ha conseguido apaciguar el recuerdo y el dolor por España para seguir viviendo. Ya sólo falta un pequeño detalle que sirva para confundir los recuerdos del alma y para corregir una realidad que no era enteramente la deseada. Con un truco tan sencillo como el de,

simplemente, mudar un nombre, María propone que es posible sustituir la tradición y la lengua de una tierra por otra:

Cuando volvemos a entrar en la ciudad, parecemos la montaña que anda.

Y cantamos, mudando sólo un nombre –mayo por octubre– la canción que un trovador mediterráneo [...] compusiera en los amaneceres de nuestra lengua:

“Por el mes era de octubre,  
cuando hace el calor,  
cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor,  
cuando los enamorados  
van a servir al amor”.

Casi nos ha convencido de que no era tan difícil burlar la prisión de la otra orilla.

No obstante, es preciso concluir con la reseña de un último artículo elaborado algunos años después del primer texto analizado y que sirve de colofón al discurso que comenzara a su llegada a Buenos Aires.

“Mi alma está desterrada de su cielo” se sitúa dentro de una serie de trece composiciones titulada *La Voz del Pueblo (Refranes y coplas)* escritas por María para la radio, que se emitieron a partir de marzo de 1963 y que posteriormente también se publicaron en la revista femenina *Maribel*<sup>6</sup>. La intención de la autora en este grupo de textos consiste en rescatar las canciones y refranes populares (procedentes de distintas regiones españolas) para ilustrar la sabiduría popular. María, con esta excusa, enlaza reflexiones y refranes con canciones y citas, y mezcla la literatura popular con el recuerdo de García Lorca, Antonio Machado, la alusión a las estaciones del año, a las distintas tierras de España y su folklore; e incluso, de nuevo, se extasía en el recuerdo de las flores de su tierra natal. En este contexto

---

<sup>6</sup> Desafortunadamente no se conserva la serie completa, que apareció en *Maribel* bajo el título genérico “Hablando con Maribel”. En el Archivo María Lejárraga figuran los siguientes textos con su correspondiente indicación numérica: “I. Voz del pueblo, voz de Dios” (publicado en *Maribel* el 25 de junio de 1963, pp. 48 y 49), “II. Sigamos hablando de la primavera” (también publicado en *Maribel*, y cuya fecha desconocemos), “III. ¿Quién inventó la copla?”, “VI. Mi alma está desterrada de su cielo”, “VII. Cantando, cantando,...” y “IX. Madrid, capital de España”. Existe otro texto en el Archivo María Lejárraga titulado “Castilla” que por su contenido podría pertenecer a esta serie y que probablemente fue también publicado en *La Prensa* en 1966.



general e impersonal, el comienzo de “Mi alma está desterrada de su cielo” supone un inesperado ejercicio de confesión íntima.

La voz de autora exclama en primera persona: “Mi alma está desterrada de su cielo” y más tarde pregunta: “¿Qué se hizo de mi Estrella Polar?”. Cuando una interlocutora femenina le pregunta por qué necesita “especialmente esa estrella”, la narradora contesta:

—Porque orientó mi vida hasta hace pocos años. Has de saber que para los que vivimos en el hemisferio Norte, Estrella Polar quiere decir precisamente eso: Norte, guía, norma infalible. Y así, cuando en la noche serena, levantamos los ojos al cielo y encontramos la estrella [...] pensamos, inevitablemente: «Mi vida también debe tener Norte, Norma, Estrella fija... » Y, aun sin querer, hacemos examen de conciencia.

En Argentina existe la Cruz del Sur, formada por varias estrellas, “todas importantes mas ninguna entre ellas especial y esa diversidad puede dar lugar a diversos caminos entre los cuales la conciencia a veces bien puede estar expuesta a perder su ruta.” Y añade: “Yo apenas la conozco. Más de doce años llevo ya en este hemisferio y cuando en la noche levanto los ojos al cielo, no la sé encontrar.” A María el cielo estrellado de hemisferio sur más bien le recuerda “el techo de un elegante cabaret berlinés antes de la guerra de 1914”, idea con la que enlaza el tema que teóricamente supone el objeto del artículo: el mensaje de algunas canciones y de parte del refranero. Sin embargo, no puede evitar acabar el texto con el recuerdo de su llegada a Buenos Aires, y así concluye con el final de la confidencia que comenzara al inicio, confidencia que, en realidad, se llevaba gestando desde hacía ya bastantes años:

Venía en avión... desde México... [...] Cuando desperté, estábamos ya a punto de aterrizar en Buenos Aires... Bajando, rozamos una de vuestras prodigiosas nubes... Era una mañana de sol... El primer aroma que subió de la tierra argentina era olor a pradera y a ganado. Ya le conocía. ¡Era español, era el de la divina tierra de Asturias!... Camino del hotel, vi casas altas como en New York y vi lindos chalets como en Los Ángeles. [...] Vi árboles hermosos y estatuas feas, como en Europa... Vi monumentos, como en Madrid ¡¡¡¡ en Roma!!! [...] En resumen, me sentí en el mundo, me encontré en mi tierra. No tuve ni un segundo de nostalgia mientras duró el día... Pero llegó la noche, salí a la ventana... levanté los ojos al cielo... y me sentí perdida. Ni Estrella Polar, ni Casiopea, ni el tahalí de Orión, ni Pegaso, ni el centelleo malicioso de las Pléyades... ¿Qué es esto? ¿Dónde hemos venido a parar, alma mía?... Por eso, Maribel, aunque han pasado, desde aquella noche, más de doce años, puedo seguir diciendo: “¡Mi alma está desterrada de su Cielo!”

Un último apunte: “Mi alma está desterrada de su cielo” se volvió a publicar en *La Prensa* tres años más tarde, el 2 de octubre de 1966, pero en esta ocasión María Lejárraga le amputó tanto el párrafo que citamos al comienzo, y que justifica el título del artículo, como la queja final.

No merecía la pena recordar el dolor. Tal era el lema de su autobiografía y de su vida: “*Nisi serenas*. Sólo las horas de serenidad he sabido guardar en la memoria.” (Martínez Sierra, 2000:51.)

Contenido el recuerdo por un despiadado voluntarismo, domesticada el alma para desterrar el dolor, lo único que María ya no pudo borrar fue la persistencia de una huella con el color de la nostalgia...

### **Bibliografía citada**

CAUDET, FRANCISCO, “Dialogizar el exilio”, en Manuel Aznar Soler (ed.): *El exilio literario español de 1939*, Sant Cugat del Vallés: GEXEL, 1998, pp. 31-55.

———, *El exilio republicano de 1939*, Madrid: Cátedra, 2005.

MARTÍNEZ SIERRA, MARÍA, “Buenos Aires, espejo, espejuelo, espejismo de Europa”, *Maribel* (Buenos Aires), 8, enero de 1957, pp. 6, 7 y 10 y *La Prensa* (Buenos Aires), junio de 1966.

———, “Rosas de otoño para el mes de abril”, Archivo María Lejárraga, sin fecha.

———, “Así, pues, todo el año es primavera (Guirnalda incoherente de prosas y rimas para el mes de octubre)”, Archivo María Lejárraga, sin fecha.

———, “Mi alma está desterrada de su cielo”, Archivo María Lejárraga, sin fecha, y *La Prensa* (Buenos Aires), 2 de octubre de 1966, p. 2.

———, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración* (1953), Edición de Alda Blanco, Valencia: Pre-Textos, 2000.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO, *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Sant Cugat del Vallés: Associació d’Idees/Gexel, 1997.